

LOS CUENTOS DE LOVECRAFT

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH

Adaptado por Adri Ortiz

Ilustraciones de
Black Ramu



down
entertainment



Los Cuentos de Lovecraft:

LA SOMBRA SOBRE INNISMOUTH

Adaptación de Adri Ortiz
Ilustraciones de María García

down
entertainment

Los Cuentos de Lovecraft: La Sombra sobre Innsmouth

© 2023, María García por las ilustraciones

© 2023, Adri Ortiz por los textos

© 2023, Dawn Entertainment por la presente edición

Primera edición: Junio de 2023

ISBN: 978-84-124922-7-9

Depósito legal: 1157-2023

Dawn Entertainment

Adriano Ortiz García

Apartado postal 5005

41006 - Sevilla

www.dawnent.es

Edición, realización técnica y textos: Adri Ortiz

Ilustraciones: María García, alias Black Ramu

Corrección ortográfica y estilo: Raúl Atreides

Nuestro agradecimiento al equipo de Verkami y a los
mecenaz que financiaron el proyecto.



Este libro es una adaptación libre de la obra de Howard
Phillips Lovecraft hecha con todo el respeto y el cariño.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org).

Érase una vez Lovecraft

Lo que tienes entre manos es una obra única en el mundo.

Lo es por muchas razones. A día de hoy, hablar de H. P. Lovecraft no es lo mismo que era hace treinta años. En estas últimas décadas ha habido un aumento considerable de la fama de este autor oscuro y misterioso, y su influencia en la cultura popular se ha hecho casi omnipresente.

Hoy en día podemos encontrar Los Mitos como un compañero inseparable, como una sombra que se entrelaza con la nuestra en el camino de la vida. Artistas como Stephen King, Alan Moore o Benicio del Toro no ocultan la fuerte influencia que ha tenido el

rarito de Providence en su obra, y si rasamos la superficie vemos guiños a H.P.L. por todas partes. Niveles ocultos en *Fallout 3*, episodios enteros de *South Park*, el Necronomicón de *Evil Dead*, la secuencia inicial de *Rick y Morty*...

Es extraño encontrarse con alguna obra de fantasía o ciencia ficción que no beba de alguna manera o tenga un detalle con la obra del círculo de Lovecraft. Incluso hemos llegado a acuñar un término para describir la sensación y el entorno que genera su obra: Lovecraftiano.

No faltan videojuegos, cómics o películas que se describan como tales, e incluso obras alejadas de la ficción como la serie *True Detective* mantenía un extraño pulso entre ficción y fantasía con constantes coqueos con el universo de horror cósmico lovecraftiano.

Y en medio de este renacer cultural de la obra del maestro de Nueva Inglaterra, Adrik ha dado una maquiavélica vuelta de tuerca. ¿Y si hiciéramos Lovecraft pero para público juvenil?

Confieso que la idea, a priori, me hizo pensar que estaba loco. Que los muros de la cordura de mi amigo habían cedido ante la obscena contemplación de alguna verdad profunda, gutural, siseante y cósmica. Incluso llegué a plantearme mi salud mental, creyen-

do que estaba en medio de una historia *pulp* en la que un Pickman sevillano intentaba corromper las jóvenes mentes con sus visiones de pesadilla.

Pero entonces vi los fantásticos dibujos de María García, (Black Ramu) y me dije: ¿Por qué no? ¿Por qué demonios no?

A priori uno pensaría que la obra del Lovecraft no tiene cabida en una estantería juvenil, pero si leemos los originales de Grimm o Villeneuve, tampoco los dejaríamos al alcance de una criatura. No de una humana, al menos.

La fusión de la prosa desenfadada de Adrik con los dibujos llenos de humanidad y color de María crean una obra única en su género, un experimento tan loco como cualquier protagonista de H.P.L. y quizá por ello tan original para considerarse una genialidad.

Adrik y María reinventan un clásico y lo hacen accesible a las mentes jóvenes, para crear una nueva generación capaz de apreciar la obra del maestro... o un ejército de cultistas dispuesto a despertar al que duerme bajo las aguas.

En cualquier caso, es algo digno de ser visto.

Raúl Atreides

Los Cuentos de Lovecraft

Prólogo

La pequeña July sostenía un viejo marco en sus manos, de esos con rebordes decorados en las esquinas y pinta de ser muy antiguo. Observaba con curiosidad la antigua foto que contenía.

—¿Bisa, este de la foto eres tú? —preguntó la pequeña July, aunque ya sabía la respuesta—. La foto parece muy antigua. Tú debes ser muy viejo, ¿verdad?

—¡Julia! —Gritó su madre, que solo la llamaba así cuando le regañaba—. ¿Tú crees que esa es forma de hablarle a tú bisabuelo?

—Calma, mujer —dijo el anciano mientras acercaba su arrugada mano a la niña para coger el viejo

marco—, la cría tiene toda la razón del mundo. Hace ya tiempo que cumplí los cien años y ahí dejé de contar —respondió en tono alegre mientras alborotaba cariñosamente el pelo a su bisnieta.

—¿Yo también voy a vivir tantos años, bisa? —preguntó sorprendida la pequeña mientras se miraba los dedos de la mano intentando hacer una cuenta que no terminaba de salir.

—Y muchos más... —respondió distraído el anciano, que estaba absorto mirando la foto que sos-



tenía en sus manos—. ¡Siempre y cuando seas una niña obediente! —añadió buscando con la mirada la aprobación de la madre—. Tienes que comerte todo lo que tus padres te pongan en el plato, así crecerás sana y fuerte, y podrás vivir tantos años como yo.

—Pero eso ya lo hago, bisa. Soy muy obediente. ¿No hay ningún secreto más?

—En realidad sí, pero tendría que contarte la historia de Innsmouth.

El anciano alzó la cabeza y miró a la madre de la niña con curiosidad, arqueando una ceja. Ella hizo un gesto de aprobación. Había más familiares en el comedor y dejaron lo que estaban haciendo para prestar atención.

—Esa historia es muy larga y yo tengo que preparar la comida, ahí os dejo —dijo la mujer mientras se marchaba.

El bisabuelo miró fijamente a la niña.

—Lo que voy a contarte es un secreto —dijo haciéndose el interesante—, tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—¡Claro, bisa! —respondió entusiasmada.

—Te voy a contar una historia que ocurrió hace

mucho, mucho tiempo, cuando yo era joven y tú aún no habías nacido —dejó la foto en la mesa y entrecerró los ojos como si le costara hacer memoria—. Si no recuerdo mal... Era verano.

Capítulo 1

Sí, corría julio de 1927. Acababa de cumplir la mayoría de edad y lo estaba celebrando con un viaje por Nueva Inglaterra. Quería hacer turismo, conocer sitios, ver antigüedades y, sobre todo, aprender más sobre la historia de nuestra familia. Hoy día puede sonar raro esto que te cuento, pero eran otros tiempos.

Mi plan era ir directamente desde Newburyport hasta la ciudad de Arkham, de donde procedía la familia de mi madre, tu tatarabuela. Allí podría investigar más sobre nuestro árbol genealógico.

Como no tenía coche, viajaba siempre en tren, tranvía o autobús, lo que fuera más barato.

En Newburyport me dijeron que lo mejor para llegar a Arkham era tomar el tren de vapor, pero cuando llegué a la taquilla y vi los precios de los billetes, se me quitaron las ganas de hacerlo.

Mi presupuesto era muy ajustado y no me quedaba otra opción que buscar formas más baratas de llegar a Arkham.

Creo que mis apreturas dieron un poco de pena al vendedor de la taquilla, porque me dijo que había un autobús bastante barato que llegaba hasta Arkham, pero que muy poca gente lo cogía porque pasaba por Innsmouth.

Innsmouth.

Fue la primera vez que escuché el nombre de aquel pueblo. Muy poca gente había oído hablar de Innsmouth, al menos en aquella época. Luego se hizo muy famoso por lo que ocurrió, pero me estoy adelantando, ya llegaremos a eso.

—Lo conduce Joe Sargent, un tipo de allí —me dijo el vendedor de billetes—. Nunca lo he visto coger pasajeros de aquí y tampoco traer a nadie de Arkham. Sinceramente, no sé cómo sigue funcionando.

»Es bastante barato, pero nunca lleva más de



dos o tres personas. Y por supuesto nadie que no sea de Innsmouth.

—¿Cómo sabe que son de allí? —le pregunté intrigado, porque supuse que no conocería a toda la gente del pueblo.

—Se nota que nunca ha visto a alguien de Innsmouth —respondió arqueando las cejas—. Ya verá cuando venga el autobús como entiende de qué le hablo.

»Si le interesa, sale de la Plaza a las diez de la

mañana y a las siete de la tarde. Justo enfrente del almacén Hammond.

»No tiene pérdida, es el autobús más cochambroso de todos.

El vendedor de la taquilla no era de la ciudad, lo supe por su acento. Además fue el único que me recomendó el autobús de Innsmouth. Ahora sé que nadie que fuera de Newburyport lo habría hecho.

No quiero insinuar que la gente de la ciudad fuera racista ni clasista, pero renegaban por completo de la gente de Innsmouth. Simplemente preferían no tener nada que ver con ellos. Al principio no entendía a qué venía ese rechazo, pero no tardaría mucho en averiguarlo.

Como he dicho, aquella fue la primera vez que oí hablar de Innsmouth, así que despertó mi curiosidad.

En aquella época no teníamos móviles con mapas de todo el mundo, ni buscadores que nos mostrasen toda la información que Internet tenía sobre algún lugar.

El teléfono se había inventado hacía unos 50 años. A los móviles y a Internet les quedaban décadas para ser inventados.

Para mí era emocionante oír hablar de un pueblo que no conocía y que no aparecía en los mapas o en las guías turísticas, pero más emocionante aún era que fuera un sitio tan peculiar.

El vendedor de billetes había despertado mi curiosidad: un pueblo que inspiraba tal aversión en los vecinos debía ser bastante insólito y digno de ser visitado.

—¡Perfecto, me pilla de camino a Arkham! —le dije entusiasmado al vendedor de billetes—. Podré hacer algo más de turismo antes de llegar al final de mi viaje.

»Cuénteme algo más sobre ese pueblo.

—¿Sobre Innsmouth? Es un pueblo bastante raro que se encuentra en la desembocadura del río Manuxet —respondió con un tono muy prudente, como si no quisiera meter la pata—. Era casi una ciudad, con un puerto muy importante antes de la guerra anglo-estadounidense de 1812, pero que se ha ido al garete durante los últimos cien años.

»Hoy en día ya no pasa por allí ni el ferrocarril. Creo que debe haber más casas vacías que habitantes. No se dedican a ningún negocio especial, solo a la pesca. Todos compran aquí, en Arkham o en Ipswich.

»Ya no queda ninguna fábrica allí, salvo la refinería, aunque tampoco producen mucho.

—¿Una refinería? —pregunté intrigado.

—Oh sí, hay una refinería de oro muy importante. Hace años era una empresa muy rentable y su dueño, el viejo Marsh, ganó una fortuna con ella.

»Sepa usted que es nieto del mismísimo capitán Obed Marsh —aclaró con cierto entusiasmo—, que fue el fundador del negocio.

»El viejo Marsh siempre ha sido un tipo raro que no salía mucho de casa, pero ahora ha cogido algún tipo de enfermedad de la piel y tiene algún tipo de deformidad, así que ya no se deja ver nunca.

»¿Sabía usted que su madre era extranjera? —continuó el vendedor, que claramente tenía más ganas de charlar conmigo que de trabajar—. Dicen que era de una isla de los Mares del Sur. A su familia no le hizo mucha gracia que se casaran.

»Muchos de por aquí, y de los pueblos de alrededor, están emparentados con gente de Innsmouth, pero todos lo ocultan.

—Ya veo... ¿Qué le pasa a ese pueblo para que todos renieguen de él?

—Yo creo que es sobre todo por culpa de las ha-

bladurías y los chismorreos. Llevan contando leyendas sobre Innsmouth desde hace prácticamente un siglo, y la gente se las creó.

»La gente se creó cualquier cosa, sobre todo las historias de miedo. Yo soy de Panton, un pueblo de Vermont, y por allí esa clase de historias no nos gustan.

—Pero... ¿Qué tipo de historias cuentan? No me deje con la intriga. —Insistí para sonsacarle un poco, porque me dio la impresión de que intentaba evitar el tema. El tipo era todo un experto en Innsmouth, se notaba que su trabajo le dejaba mucho tiempo para chismorrear con la gente del lugar.

—En realidad son tonterías, muchas de las historias le harían gracia por lo absurdas que son.

»Por ejemplo, cuentan que el capitán Obed Marsh tenía tratos con el demonio y sacaba diablillos del Infierno para llevárselos a vivir a Innsmouth. ¿Quién iba a creer algo así?

—Hombre, lo del demonio es bastante tétrico. Aunque lo de adoptar diablillos sí que suena gracioso. ¿De dónde iba a sacarlo?

—Pues verás, resulta que el capitán Obed Marsh siempre hacía una parada en el Arrecife del Diablo

cuando volvía de sus largos viajes por alta mar.

»No se asuste por el nombre, ya sabe cómo es la gente, le gusta ponerle nombres rimbombantes a los sitios, pero el Arrecife del Diablo no es más que una roca escarpada y escabrosa que hay a unos dos kilómetros de la costa de Innsmouth.

»Casi todo el tiempo está por encima del agua y cuando se sumerge es muy poco, depende de las mareas, pero aún así no se le puede llamar isla.

»Pero claro, con ese nombre la gente empieza a inventar historias y leyendas. A los marineros que



no eran del pueblo les daba tanto miedo que preferían dar grandes rodeos con tal de no acercarse.

»El capitán Obed Marsh era todo lo contrario, a veces atracaba allí cuando la marea era favorable. Puede que lo hiciera porque le gustase el lugar o incluso porque buscase algún tesoro pirata que hubiera allí escondido, pero la gente empezó a contar que la isla estaba llena de diablillos y que los sacaba de allí.

»Historias y leyendas que se inventa la gente aburrida. Pero a mí me gusta pensar que el capitán Marsh sacó su fortuna de un tesoro pirata. Parece sacado de una novela, ¿no?

—Vaya, estoy deseando llegar mañana al pueblo y conocer más historias sobre el capitán Marsh —respondí entusiasmado.

—Bueno, no se vaya a creer que va a encontrar gran cosa en el pueblo. Todo esto que le cuento es de antes de la gran epidemia de 1846.

»No se sabe exactamente qué pasó, pero seguramente fue alguna enfermedad traída por mar desde China o de alguna otra parte.

»Ahora apenas vivirán allí unas trescientas o cuatrocientas personas.

—De todas formas, en todos los pueblos hay leyendas. Sigo sin entender porque les tienen tanta manía a la gente de Innsmouth.

—Es un simple asunto racial. La gente los rechaza sin conocerlos porque son diferentes.

»No los critico por sus prejuicios, yo también los encuentro detestables y jamás visitaría ese pueblo.

—Eeeh... —No supe qué contestar a las palabras del vendedor, que no parecía un mal tipo, pero eso último me desconcertó.

—No me malinterprete —se apresuró a matizar, al notar mi reacción—, pero cuando mañana conozca a Sargent, el conductor del autobús de Innsmouth, entenderá mis palabras.

»Tienen la cabeza estrecha y rara, con la nariz chata y los ojos saltones. Su piel es extraña, como áspera y costrosa... ¡Además parece que nunca parpadean!

»Se quedan calvos muy jóvenes y los más viejos son los que peor aspecto tienen. Aunque nunca he visto a ninguno muy viejo. ¡Imagino que se morirán del susto al mirarse al espejo!

—No será para tanto... —respondí tímidamente mientras pensaba que yo mismo tenía la nariz algo

chata. ¿Qué tenían de malo las narices chatas?

—No es solo su aspecto, también es su actitud. Son muy poco sociables cuando vienen aquí o van a cualquiera de los pueblos vecinos. Y se portan fatal con los visitantes. Los forasteros fisgones no son bien recibidos, sobre todo si van de pesca.

»Casi no hay pescado por los alrededores, pero en el puerto de Innsmouth siempre es muy abundante, cosa que nadie se explica. Cuando la gente de los pueblos cercanos se acerca a pescar, los habitantes de Innsmouth los echan rápidamente.

»Son lo peor.

—Estará exagerando usted... —le repliqué con énfasis pero sin pretender ofenderle—. Ya que sabe tanto del pueblo, ¿sabe si hay algún hotel?

—Sí, hay un hotel llamado Gilman House, pero dudo mucho que quiera quedarse allí.

—No creo que nada que me cuente pueda ya sorprenderme —respondí con tono burlón.

—Una vez conocí a un inspector de trabajo que fue a Innsmouth a revisar las empresas del pueblo... —el vendedor bajó el volumen de su voz y continuó hablando de forma más discreta—. Resulta que cuando estuvo en la refinería de Marsh se encontró

que los libros de cuentas no cuadraban.

»Las transacciones no estaban nada claras y no se sabía donde compraban el oro que refinaban para hacer las joyas que vendían.

»Algo muy misterioso, porque hace algunos años enviaron por barco una enorme cantidad de lingotes de oro.

»Además cuentan que las mujeres de la familia Marsh solían lucir unas joyas muy extrañas, seguramente extranjeras. Los marineros vendían a veces estas extrañas joyas. Incluso los propios empleados de la refinería traficaban con algunas a hurtadillas.

»Mucha gente piensa, como yo, que el capitán Obed Marsh encontró un antiguo escondrijo pirata en el Arrecife del Diablo y de ahí venían todas las riquezas de su familia.

—Vale. ¿Y qué tiene eso que ver con el hotel?
—pregunté intrigado y un poco cansado ya de escuchar las historias de aquel hombre.

—Oh, sí. Perdone, que me voy por las ramas. Resulta que el inspector de trabajo del que le hablo, se alojó en el hotel Gilman House cuando estuvo en el pueblo.

»Contaba que el hotel parecía completamente vacío, pues casi no hay turistas en Innsmouth, pero por la noche escuchó gente hablar en las habitaciones de alrededor.

»Creía que hablaban en algún idioma extraño, que por raro que parezca le sonaba como un chapoteo. Le pareció todo tan raro que fue incapaz de dormir en toda la noche.

»Esperó vestido a que se hiciera de día y a primera hora se fue del pueblo.

—Bueno, gente ruidosa hay en todos lados —respondí tratando de quitarle importancia a aquella historia tan rara que el vendedor de billetes acababa de contarme.

—Lo mejor es que no vaya de noche. Si lo visita de día no creo que le pase nada... aunque la gente de por aquí seguramente le diría que no lo hiciera.

»Pero si usted está haciendo turismo y buscando cosas antiguas, Innsmouth es un lugar que le gustará.

»Pase la noche aquí y mañana por la mañana tome el autobús de las diez. Luego en Innsmouth puede coger otro autobús para Arkham que sale a las ocho de la tarde.

Tras aquella charla tan interesante con el vendedor de billetes, decidí investigar más sobre Innsmouth.

Pasé casi toda la tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport buscando información sobre el pueblo que iba a visitar al día siguiente.

Había datos poco relevantes y aburridos, como que la ciudad se había fundado en 1643 y había sido famosa por sus astilleros. Durante mucho tiempo fue una ciudad muy próspera, con una gran actividad industrial. Desgraciadamente, tras acabar la guerra civil estadounidense en 1865, las cosas habían ido mal para los habitantes de Innsmouth.

La actividad industrial quedó reducida a la Compañía Refinera Marsh, y el mercado de lingotes de oro era lo único que quedaba de su floreciente comercio, además de la pesca. Curiosamente en la costa del pueblo la pesca siempre era abundante.

Lo único que me pareció interesante de todo lo que leí fue el tema de las joyas. Por lo visto había unas muy extrañas relacionadas con Innsmouth y estaban expuestas en el Museo de la Universidad de Miskatonic, en Arkham, y también aquí, en la

sala de exposiciones de la Sociedad Histórica de Newburyport. ¡Tenía que ir a verlas!

Se me había hecho un poco tarde, pero la bibliotecaria me dijo donde podía encontrar a la señora Anna Tilton, la conservadora de la sociedad, que podía enseñarme la colección de joyas que guardaban allí.

La anciana fue muy amable. Le expliqué el motivo de mi viaje y mi interés por la colección de joyas de Innsmouth. No tuvo ningún problema en acompañarme hasta el edificio donde tenía expuestas las alhajas.

No hacía falta ser un entendido para apreciar aquellas piezas maravillosamente labradas, de una artesanía exquisita. Eran muy extrañas y todas compartían una misma estética marina, pues predominaban las escamas, las olas y algunas representaban criaturas acuáticas.

Entonces la vi.

En una vitrina del rincón, un objeto me llamó la atención por encima del resto. Me quedé boquiabierto al ver aquella extraña y misteriosa tiara. Era algún tipo de ornamento ceremonial y estaba hecha casi entera de oro y de alguna extraña aleación.

Tenía unos grabados que representaban a unas criaturas marinas que vivían en las profundidades. Adoraban a otra criatura más extraña que, según parecía, estaba dormida.

Podría haberme pasado horas observando con detalle sus desconcertantes y nada tradicionales adornos y la historia que contaban.

Sus grabados, su manufactura, la técnica con la que estaba elaborada... no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Es como si su elaboración fuese de otro planeta.

¿Representaban aquellas figuras remotos secretos e inimaginables abismos de tiempo y espacio... o mi imaginación me estaba jugando una mala pasada?

—Es muy bonita y misteriosa, ¿verdad? —comentó la señora Tilton. La tiara me tenía hipnotizado y sus palabras me ayudaron a despegar la vista de ella—. Un habitante de Innsmouth empeñó esa joya por una cantidad ridícula de dinero en 1873.

»La Sociedad Histórica de Newburyport la adquirió en la casa de empeños para poder exponerla como se merecía.

»Creo que podría haber sido parte del tesoro de



algún exótico pirata. Luego el viejo capitán Obed Marsh la habría descubierto y así habría acabado en Innsmouth... Aunque esa es solo mi teoría —añadió la anciana con una sonrisa.

La señora Tilton había estudiado aquella tiara y me pareció muy interesante todo lo que pudiera contarme de ella.

La anciana me explicó que existía un peculiar culto secreto conocido como «La Orden Esotérica de Dagón». Seguramente los sacerdotes habían llevado esa tiara en sus ceremonias.

—No es extraño que la gente de Innsmouth rezase a falsos dioses marinos para que la pesca fuera más abundante y poder llevar comida a sus casas.

»Las gentes de mentes simples le rezan a cualquier cosa —dijo en tono burlón, de nuevo con una sonrisa.